

# EL MENTIDERO



## DE LA VILLA DE MADRID

N.º 883 | Sábado, 30 de Marzo de 2024

### Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Una lectura humana y social de la Biblia**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **Libertad conquistada**, *José Carlos Martín de la Hoz*
- ✚ **La Semana Santa: y lo sagrado fulge en la calle**, *Javier Ruiz Portela*
- ✚ **Resurrección del Señor**, *Cardenal Tomás Spidlik*



**Jesús ha resucitado,  
¡Aleluya!**



## Una lectura humana y social de la Biblia

Manuel Parra Celaya

*La Palabra de Dios, se hizo hombre, sufrió una muerte indigna e injusta a todas luces, y resucitó al tercer día por y para todos los seres humanos*

**S**in pretender sentar plaza de teólogo, pero sí de humilde cristiano de infantería, tengo la convicción, como creyente, de que los grandes hitos del devenir de la humanidad, tales como la Creación, la Encarnación, la Resurrección y la Redención nunca deben ser interpretados como hechos puramente *históricos*, válidos para un momento dado en los siglos, sino que son de un valor constante y permanente hasta el fin de la historia.

En efecto, Cristo, la Palabra de Dios, se hizo hombre, sufrió una muerte indigna e injusta a todas luces, y resucitó al tercer día por y para todos los seres humanos, no exclusivamente para aquellos que fueron sus coetáneos en la vida terrenal; es decir, el alcance de estos hechos –y las promesas consiguientes– son universales e intemporales. Esto es lo que creo que afirma la Iglesia y hasta aquí supongo no haber incurrido en alguna forma de herejía, y este es un punto de acuerdo entre *integristas* y *progresistas*, que son algunas de las estúpidas titulaciones que nos dividen escandalosamente.

Del mismo modo, me permito algunas analogías entre determinados pasajes de la Biblia y la situación del hombre actual, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, que también superan su circunstancia concreta y se van prolongando incesantemente a lo largo de los tiempos.

Tal sería el caso si nos remontamos al libro del *Génesis* –que ya sabemos que no es ni *científico* ni *histórico*– y nos encontramos con el *misterio* del llamado Pecado Original; tengo para mí, en este punto, que más que *original* en un sentido cronológico lo es como una actitud tristemente estable y continuada en la naturaleza humana. Poco importa la textualidad de una narración mítica, adaptada a la mentalidad de aquellos pueblos primitivos, porque lo que nos conviene es destacar su significado, su esencia, que no es otra que la soberbia del hombre creado que, influido por el mal –ese que sigue y seguirá planeando sobre nosotros– se rebela contra su Creador y quiere suplantar su papel, adquiriendo un protagonismo exclusivo, creyéndose autosuficiente y capaz de que, con el solo auxilio de la Razón humana, podrá lograr un Progreso Indefinido que la lleve a la felicidad sin trabas.

Obsérvese que los dos términos empleados –Razón y Progreso– fueron los mitos de la Modernidad y de todas las ideologías a que esta dio lugar, y que, en lugar de obtener esa quimera, han dado lugar a una profunda *desarmonía* del hombre con su entorno y del hombre consigo mismo.

Ahora, en la Postmodernidad, aun con la sospecha permanente de su validez absoluta, siguen siendo Razón y Progreso los objetos del culto humano; basta con constatar las aberraciones antropológicas que salen a diario en los medios, que se plasman en leyes y que se autoproclaman a sí mismas como *dogmas* del Pensamiento Único, o las teorías del Transhumanismo y del Posthumanismo, que dejan chiquito al pobre Nietzsche con su fábula del superhombre.

Vayamos ahora al Nuevo Testamento, y centrémonos en los pasajes que conmemoramos en estos días –no los de las *vacaciones de primavera*, sino los de la Semana Santa, claro–; releamos las escenas que tienen lugar dentro y fuera del Pretorio y, además de su intrínseco valor sagrado, intentemos darles un viso de profunda actualidad. Así, cuando Jesús es interrogado por Pilatos, tras ser entregado por los dignatarios de su pueblo, afirma sin titubeos que *«vine al mundo pata*



testificar la verdad; todo el que es de la verdad escucha mi voz», a lo que solo puede responder el Pretor romano: «¿Qué es la verdad?».

Esa pregunta se la siguen formulando los *pretos* y los súbditos (mejor que llamarlos *ciudadanos*) de hoy, para los cuales, unos y otros, no existen las verdades absolutas ni siquiera las *categorías permanentes de razón*, sino que, en todo caso, *lo verdadero* es lo que se *lleva* o aquello



que haya obtenido el beneplácito de una mayoría social, pues quienes opinen lo contrario han caído en el error. Para justificar esa ausencia de verdad, los hombres del siglo XXI han atesorado el neologismo de *posverdad*, que viene a ser, en definitiva, el criterio que siguió Pilatos en el interrogatorio y actuación posterior.

De este modo, aun estando convencido de la inocencia del reo y de la mala fe de sus acusadores, acudió al recurso que hoy llamaríamos *democrático* y preguntó al *pueblo* que abarrotaba el exterior –no habían entrado para *no contaminarse*, en un plano hipócrita y santurrón– si elegían soltar a Barrabás o a Jesús de Nazareth; y ese *pueblo*, acuciado por sus mandatarios (un papel que hoy representarían *los medios*) pidió a gritos la crucifixión del inocente, que fue inmediatamente concedida por un *político* incapaz de hacer frente a la injusticia y por miedo a las consecuencias que podrían suscitarse si se alborotaban sus súbditos y perdía puestos en el escalafón.

No obviemos que, entre los que apoyaban la suelta de Barrabás, seguramente estaban muchos de aquellos que, pocos días antes, habían salido con ramos de palmas y gritos de ¡hosanna! a recibir a Jesús; lo que demuestra otra constante del ser humano: lo voluble de sus opiniones, la debilidad de las convicciones, la capacidad de vituperar a quien, hacía poco tiempo, habían vitoreado hasta el paroxismo. ¿No ocurre otro tanto en las sociedades del mundo moderno?

Poco ha cambiado, ni cambiará, el ser humano por muchos que sean los avances en orden a su bienestar material, a su salud o a su economía. Su naturaleza –buena en un primer principio y viciada luego– es capaz de numerosas *caídas*, sea por insensatez, por orgullo, por soberbia o por cobardía. Siempre queda el recurso, eso sí, de acudir, precisamente a la Verdad por la que se preguntaba el apocado y *democrático* Poncio Pilatos.



## Libertad conquistada

**José Carlos Martín de la Hoz** (*Centro Diego Covarrubias*)

Doctor en Teología. Profesor universitario. Miembro de la Academia de Historia Eclesiástica. Asesor de la Conferencia Episcopal Española.

**H**ace tiempo que no iba al cine, exactamente desde que me invitaron a la premier de *Encontrarás dragones* una película de Roland Joffé, dirección y guion, sobre san Josemaría Escrivá de Balaguer realizado por un equipo extraordinario de artistas que no tuvo el éxito esperado.

En esta ocasión, la película a la que había sido invitado a hablar en el debate posterior, *Nefarious*, sí que es un éxito de taquilla y público y toca un tema de perenne actualidad: la acción del Espíritu Santo en las almas y por tanto la batalla diaria del hombre, de cada hombre, por poner el don divino de la libertad recibido del cielo al servicio de Dios y de los demás y vivir lo más feliz posible en este proceloso valle de lágrimas hasta gozar eternamente de Dios.

En cualquiera de las dos opciones en las que pongamos el fin último de nuestras acciones intervendrán indudablemente la gracia de Dios, pero también, los ángeles buenos, nuestros custodios, facilitando el buen uso de la libertad unido con el regalo de la verdad.

También existirá la acción de los ángeles malos mediante el ejercicio constante de la desconfianza de Dios que es su principal tarea: provocar desánimo, desazón, hastío, rechazo de los planes de Dios para sugerir, en cambio, la búsqueda del camino que resulte al hombre más fácil y placentero o el camino de la violencia y el odio.

Indudablemente, Dios es el Señor de la historia y, como afirma san Pablo, nunca permitirá que «seamos tentados más allá de nuestras fuerzas» (1 Cor 10, 13) y siempre nos concederá su ayuda y su providencia para que salgamos adelante en todas las pruebas y dificultades de la vida como muestra la vida del santo Job.

El pueblo cristiano ha acudido habitualmente a la intercesión del arcángel san Miguel, quien en el momento de la prueba que acaece a cada criatura de Dios, puso la libertad en el servicio de Dios, la prueba de la fidelidad y ante la infidelidad de satanás exclamó: «¿Quién como Dios?» como significa en hebreo el nombre de san Miguel y quien arrastraría a la felicidad a la mayoría de los seres angélicos (*Apoc 12, 7-9*).

El hecho es que el demonio existe y actúa. Como recuerda el Concilio IV de Letrán (1215): «El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos» (*DS, 800*). Por tanto, se revolvió contra nosotros por la posibilidad del hombre del arrepentimiento y no cesa de tentarnos.

Asimismo, señala el *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 395), el demonio está siempre sujeto por Dios y si no dejamos flancos abiertos no puede entrar. Además, siempre es expulsado por el agua bendita y por la oración, la penitencia y el ayuno.

De acuerdo con lo que hemos recordado, lo importante es huir de la ocasión y evitar el diálogo con el padre de la mentira, pues si hay diálogo, como se puede observar en la película, siempre vence. Es más inteligente y viejo que cualquiera de nosotros. Pero ante la confianza en Dios no puede hacer nada.



Precisamente, a lo largo de la historia, la Iglesia ha recomendado el trato habitual con el ángel custodio para contar con él y recurrir a su ayuda y consejo en las cuestiones ordinarias de la vida. Para lo extraordinario existe también la figura del exorcista en la diócesis.

Estas consideraciones me venían a la cabeza mientras preparaba «la hora santa» que debo predicar este año el Jueves Santo en la Parroquia del Cristo de Ayala donde debo recordar los pensamientos de Jesucristo en esa noche, es decir las intenciones de la segunda persona de la San-



tísima Trinidad encarnado en las entrañas de Santa María para ser verdadero Dios y verdadero hombre, y llevar a cabo la obra de la redención del género humano.

Ya en el siglo XII, el gran teólogo san Anselmo de Canterbury (1033-1109) se hacía la pregunta clave al llegar la Semana Santa y la dejó reflejada en uno de los grandes tratados de la teología católica: *Cur Deus homo?*, es decir: *¿Por qué Dios se hizo hombre?*. En la respuesta, el gran teólogo inglés hacía referencia a la justicia divina y cómo fueron necesarios los grandes misterios de la encarnación y de la redención para saldar una deuda eterna, pues como dice el viejo adagio medieval «la ofensa se mide por la persona ofendida» (cfr. *Mt* 18, 6).

Pasados los años, por directa inspiración divina y en continuidad con la oración teológica de la Iglesia, que medita periódicamente el misterio de la muerte redentora de Cristo en la Cruz, llegó la respuesta a la misma pregunta de san Anselmo, pero esta vez en la figura san Alfonso María de Ligorio (1696-1787), fundador de la orden religiosa de los redentoristas. En efecto, Ligorio haciendo la pregunta sobre el por qué de la redención de Jesucristo, escuchó de sus labios esta respuesta: «Por amor a cada uno de los hombres». Es decir, exactamente lo mismo que afirmaba claramente el Concilio Vaticano II: «El hombre es el único ser creado querido por sí mismo» (Const. *Gaudium et spes*, n. 24),

Era, por tanto, preciso que el hombre recuperara la libertad para poder dar gloria a Dios libremente, como era el deseo de Jesucristo en su primera predicación en Galilea: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos» (*Lc* 4. 18).

El hombre da gloria a Dios con su voluntad libre cuando se dirige resueltamente a amar al creador sobre todas las cosas y a vivir el mandamiento recibido del Señor en la última cena. «Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros como yo os he amado» (*Jo* 13, 34-35).

Asimismo, recordemos que Jesucristo ha vencido también al pecado y a la muerte de una vez para siempre, como describe magistralmente la epístola a los hebreros. «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Heb 2, 14-15). Disfrutemos de la libertad que Cristo nos ha alcanzado con su muerte redentora y vivamos gozosamente su gloriosa resurrección.



## La Semana Santa: y lo agrado refulge en la calle

Javier Ruiz Portella (*El Manifiesto*)

*Quien aquí está presente es un pueblo,  
no un público. Y lo que aquí se celebra  
es un rito, no un espectáculo.*

(Extracto del libro del autor *El abismo democrático*.)

**E**n la mayoría de España, pero sobre todo en Andalucía, de pronto ciertos días señalados del año ocurre el prodigio, y la calle, la vulgar vía de paso, se transfigura, vibra, revienta de emoción. Por su asfalto anodino y gris transita algo totalmente distinto: voces, músicas, luces, fastos...: los de una especie de templo, o los de un gigantesco teatro en el que actores y público, celebrantes y participantes tienden a confundirse. Ahí, cuando las gentes de Andalucía se lanzan a la calle endomingadas y gozosas, revistiendo las ropas de las grandes ocasiones: ésas que, entre bolas de naftalina y pliegues de almidón, aguardan en arcones y armarios la llegada del gran día.

Pero ¿es realmente gozo lo que brilla en los ojos de ese pueblo que inunda las calles desde el Domingo de Ramos al de Resurrección? Lo es, salvo que ese gozo es todo lo contrario de una placidez: anida en él la emoción de un sobrecogimiento y el destello de un ansia. Y así, entre dichas y ansias, va la gente en tales días. Unos, de pie en las aceras; otros, rompiendo filas, metiéndose en la bulla que atraviesa la procesión, mientras se alumbra en el rostro de todos la luz de un momento excepcional, ese en el que, entrecruzándose las miradas, todos parecen decirse: «Henos aquí de nuevo, como cada año; así somos y aquí estamos».

Quien aquí está es un pueblo, no un público. Y lo que aquí se celebra es un rito, no un espectáculo. Cosa insólita, como insólito es el lugar: ese asfalto del que han desaparecido unos coches que parecen ahora haber sido soñados en una lejana pesadilla; o esas fachadas cuyos rótulos y carteles, publicitando mil productos, se convierten en el más incongruente de los anacronismos. Todo ello es asombroso, pero aún lo es más lo que se juega en las siete jornadas de una semana a la que se llama santa queriendo decir sagrada: toda una antigua historia de Vírgenes y Cristos, de creencias y religión; algo que, fuera de tales días, ha dejado de impregnar tanto las calles de la ciudad como el espíritu de su gente.

¿Por qué esos días se echa a la calle todo un pueblo cuyo mundo ha dejado de estar marcado por lo sagrado? ¿Por qué todas esas gentes en cuya vida no late ni pasado ni tradición se apiñan en torno a algo que no hace sino rezumar memoria y tradición? ¿Por qué parecen como reconocerse y afirmarse todos al paso de sus imágenes?

Tal vez sea que esas imágenes son precisamente eso: imágenes, símbolos. Tal vez sea que a través de tales símbolos se manifiesta algo que va mucho más allá de lo que entendemos estrechamente por religión. Tal vez sea que tales imágenes nos dicen y tales símbolos significan que

ni la vida ni los hombres son lo que hoy se pretende que sean: una máquina de producir y consumir.

Tal vez sea que sólo así, reconociendo la verdad honda de lo mítico, el alto lugar de lo imaginario, sea posible que lo sagrado anide de nuevo entre nosotros.

Tal vez sea, en fin, que aún queda, pese a todo, sitio para la esperanza.



## Resurrección del Señor

(Mi vida es Xto)

**Cardenal Tomás Spidlik, SJ**

(1919-210) *Sacerdote checo doctor en Teología y profesor de la Universidad Gregoriana (Roma)*

**S**e cuenta una broma sobre los así llamados pensadores cristianos progresistas. Se habían reunido en un lugar secreto para tratar el tema de la desmitificación del evangelio. A uno de ellos se le atribuye esta afirmación: «A escondidas hice excavaciones arqueológicas en Jerusalén, en la tumba de Jesús y encontré restos de huesos de un hombre que vivió en el primer siglo. Es un argumento clave: la narración del evangelio sobre la resurrección es un mito, una expresión de esperanza, nada más». Los otros habían protestado: «¿Cómo es posible? En este caso, Jesús verdaderamente habría existido cuando en realidad es sólo una expresión mitológica de nuestros ideales». Evidentemente se trata de una broma, pero como toda broma refleja bien la mentalidad. Muchos creyentes habrían escuchado que, según la exégesis moderna, debemos aceptar la noticia de la resurrección de Jesús como expresión de esperanza, pero no podemos decir nada más. A eso, se puede objetar simplemente: entonces digamos, ¿qué presenta de nuevo el evangelio? ¡Todos quieren tener esperanza! Y los apóstoles, que vieron y hablaron con el Resucitado y fueron por el mundo para testimoniar esto, ¿serían también ellos sólo expresión de una esperanza ilusoria?

¿No bastaba sólo con la fe en una vida después de la muerte tal como la profesan también otras religiones? ¿Cuál es su argumento? Uno de los principales consiste en reconocer que en esta vida no hay justicia: los buenos son perseguidos, los malos dominan. Si sobre la tierra no hay justicia, deberá al menos haberla en la vida después de la muerte, en la eternidad. Otros son menos pesimistas: mantienen que esta vida, a pesar de ser un valle de lágrimas, se puede soportar. Sin embargo, encontramos otra dificultad: ellos están preparados para soportar la vida, pero la vida por su parte, no los soporta a ellos largo y tendido. Corre velozmente, demasiado velozmente...

Esta reflexión provocó la crisis de un neomarxista francés. Era un partidario entusiasta de las nuevas estructuras sociales, de la esperanza en una mejor justicia en el mundo. Sin embargo, le vinieron dudas: nosotros trabajaremos duramente para transformar el sistema social, esto nos costará muchos sacrificios y nosotros mismos no veremos los resultados de nuestras fatigas. Y las generaciones futuras, aquellas para las que trabajamos, ¿apreciarán el resultado de nuestras fatigas? Una vida que se desvanece no merece tantos sacrificios. Por eso aquellos que quieren tener fe en la vida, deben suponer que después de la muerte existe la vida eterna.

Por lo tanto, la religión sería, en este caso, una solución satisfactoria para el problema vital. Sin embargo, ¿es realmente satisfactoria, si tantos hombres no desean aceptarla alegremente? ¿Por qué no creen? Tienen dudas acerca de la vida eterna prometida después de la muerte por muchas religiones. Debería al menos ser una mejor vida que nuestra vida terrena, de lo contrario volverían todos los problemas y las dificultades de ahora. Con la muerte se entra a continuación



en otra vida, distinta de la actual. Sin embargo, ¿realmente estamos contentos? ¿Nos atrae mucho esta vida mejor?

Pasar a otra vida significa encaminarse hacia lo desconocido. Ir hacia lo desconocido puede ser romántico, pero no es una esperanza. Lo experimentan aquellos que eligen caminos desconocidos en las excursiones por la montaña. Podrían terminar en algún barranco o encontrarse delante de un muro rocoso, desde donde sería tan difícil seguir adelante como volver hacia atrás.

Este ejemplo banal nos puede servir para darnos cuenta de la diferencia que existe entre la promesa de una vida nueva mejor después de la muerte y la revelación cristiana sobre la Resurrección de Cristo. Después de la muerte, es como si Él volviese a su casa después de haber transitado un camino peligroso en un valle de sombras y de muerte. Volvió de nuevo a la vida en la tierra, a la vida de siempre.

Sin embargo, si es así, ¿volverán todos los problemas que se habían dejado? Si la vida no será diferente de la primera, ¿nos encontraremos allí de donde hemos partido? La respuesta a esta objeción es típicamente cristiana. Después de la resurrección, Jesús se apareció a sus discípulos. ¿Cómo lo vieron? Estaban seguros de que era Él y que estaba vivo. Tenía la vida como antes y sin embargo era diferente. Pasó a través de las puertas cerradas, apareció y desapareció. En-



tonces, ¿tenía otra vida respecto a la primera? Se podría decir que era diferente, pero no que era otra. Era la vida precedente que había adquirido nuevas propiedades, la capacidad de superar todas las debilidades a las cuales estaba sometida antes. Así, Cristo demostró que la vida terrena que recibió en el nacimiento no debe rechazarse y que es capaz de desarrollarse y de crecer hasta la vida eterna. Ni siquiera la muerte logra realmente matarla. Con la resurrección encontraremos lo que habíamos perdido, pero en plenitud y belleza.

En algunas universidades han introducido cátedras sobre la comparación de los diversos sistemas religiosos. A veces esto se hace superficialmente y conduce al indiferentismo. Los estudiantes tienen la impresión de que todas las religiones en el fondo son iguales. Se pierde la fe en la Iglesia y en el mensaje del Evangelio. Sin embargo, se puede estudiar seriamente la ciencia comparada de las religiones, en el esfuerzo de descubrir lo que es igual y los que no lo es. En este caso, se hace un gran servicio al ecumenismo. Así descubriremos que en la profesión de fe, en todo el mundo, existen muchos elementos comunes, fundamentales. Sin embargo, se notarán también diferencias. Lo que distingue al cristianismo de cualquier otra religión es su enseñanza sobre la resurrección, como la conocemos a través del Evangelio. Todas las religiones,



como hemos visto, prometen otra vida después de la muerte y esta vida presupone el abandono de la tierra y la subida al cielo. Cristo, por el contrario, enseña el retorno a lo que hemos perdido, el retorno del cielo a la tierra.

San Pablo era plenamente consciente de esta novedad cuando escribió a los corintios: «Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe: todavía estáis en vuestros pecados» (1 Cor 15,17). Si no fuese así nosotros enseñaríamos, aun con algunos matices diversos, lo que dicen las otras religiones. Si, por lo tanto, afirman que la doctrina de la resurrección es expresión de la esperanza humana, no podemos decir que no es verdad, pero para nosotros no es verdad sólo mitológicamente, sino realmente, en la verdad.

---